

lle diez fusiles, de modo que el desventurado mancebo, sin que Mariana llegase á tiempo para escudarle con su cuerpo, cayó acribillado á balazos á los piés de la viuda gritando:

—¡Viva Enrique V!

Oyóse otro grito que el teniente no advirtió por impedírselo la baraunda que en la casa reinaba; grito que parecía salido del pecho del cadáver, único espectador mudo é impassible de aquella escena terrible. Mientras los soldados se desparramaban por la casa para buscar al asesino, el teniente distinguió al través del humo á la viuda arrodillada abrazando fuertemente la cabeza de Bonneville, y preguntóla:

—¿Ha muerto?—Sí, contestó la pobre con voz apagada.

—Pero vos estáis herida también. En efecto, brotaban de su frente abundantes gotas de sangre.—¿Yo herida? contestó.

—Sí, os está saliendo sangre de la frente.—¿Qué importa mi sangre cuando ya no queda una gota en el cuerpo de aquel por quien juré que sabría morir?

En esto asomó por la trampa la cabeza de un soldado, diciendo:

—Mi teniente, á pesar de haberle disparado varios tiros, el otro ha escapado.—Ese es el que conviene coger, contestó el teniente tomándole por Petit-Pierre; y si no encuentra un guía, de seguro caerá en nuestras manos. ¡A él!

Reflexionando luego un poco, añadió:

—Apartaos, buena mujer; registrad al muerto.

Ejecutada la orden, nada pudo encontrarse en los bolsillos de Bonneville, por la sencilla razón de que Mariana le había dado un traje de su marido, en tanto que se secaba el suyo.

—¿Y ahora, dijo Mariana señalando el cadáver del conde, puedo quedarme con él?

—Sí; mas dad gracias á Dios que quiso que ayer nos sirviérais, pues á no haber sido así, os habría enviado á Nantes para enseñaros cuán peligroso es dar asilo á los rebeldes.

Reunió el teniente á los soldados y siguió á buen paso la dirección que había tomado el fugitivo; la viuda corrió á la cama, y levantando el colchón encontró á la princesa desmayada.

Diez minutos después el cuerpo del conde de Bonneville descansaba junto al de Pascual Picaut, y las dos mujeres, la

presunta regente y la pobre aldeana, arrodilladas junto al lecho, rogaban por las dos primeras víctimas de la insurrección de 1832.

XL

EN DÓNDE JUAN OULLIER DICE LO QUE PIENSA DEL BARON-CITO MICHEL.

En tanto que en casa de Mariana acontecían los tristes sucesos que acabamos de relatar, reinaba en el castillo de Souday insólito movimiento y algazara. El Marqués no cabía en sí de gozo al ver llegado el tan ansiado momento, y poniéndose su mejor traje de caza con una faja blanca, distintivo de jefe de división que sus hijas le habían bordado, prendióse en el pecho un corazón encarnado y en el ojal un rosario; y así vestido de gala, probaba el temple de su sable en todos los muebles de la casa. De cuando en cuando ensayábase mandando el ejercicio á Michel y al notario, á quien quería reclutar á todo trance, por más que este, á pesar de sus opiniones, se negara á manifestarlas de un modo extralegal.

Siguiendo Berta el ejemplo de su padre vistió un traje belicoso compuesto de una levita de terciopelo verde, que abierta de pecho descubría una chorrera de deslumbrante blancura; estaba adornada de alamares de seda negra, y ajustada al talle, completando el traje unos anchos calzones de paño pardo y botas que le llegaban á la rodilla. La doncella no llevaba la banda terciada al hombro, sino atada al brazo izquierdo con una cinta carmesí. Este vestido hacía resaltar la esbeltez y elegancia de Berta, y su chambergo de fieltro ceniciento, con blancas plumas, sentaba maravillosamente á la varonil expresión de su rostro. Berta estaba encantadora, y como á pesar de no ser coqueta notó que había hecho honda impresión en el ánimo de Michel, pronto se puso tan gozosa y expansiva como el marqués su padre.

Ello es que el barón, cuyo ánimo estaba también algo exaltado, no pudo menos de admirar la arrogante y caballeresca hermosura de Berta; pero su admiración nacía de que pensaba en la gracia de Mary cuando se pusiese un traje semejante, pues no dudaba de que acompañaría á su hermana en la expedición. Interrogóla con los ojos, no atreviéndose á hacerlo de viva voz, porque desde la escena de la torre Mary estaba seria y equiva con él; así es que habiéndole dicho Berta que fuese á vestirse, subió la joven á su aposento con un aire melancólico y abstraído que durante todo el día había contrastado singularmente con el buen humor de todos. El traje estaba ya preparado en el cuarto de Mary; mas la doncella se sentó en el lecho sin tocarlo, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Por el cariño que profesaba á su hermana, la pobre niña se había impuesto un sacrificio superior á sus fuerzas, y al empezar la lucha que en sí misma se empeñaba, sentía ya, sinó vacilar su resolución, desfallecer sus bríos. Repetíase sin cesar: No puedes ni debes amarle; y sin cesar le contestaba el corazón: Le amas. Bien comprendía Mary que á cada paso se le desvanecía una esperanza ó una alegría: el ruido y el movimiento que tanto la habían divertido en otros tiempos, los ejercicios á que se había dedicado, las ideas políticas que la habían conmovido, todo huía de su corazón volando como una bandada de pajarillos al aparecer el gavilán. Lo que más la acibaraba era el triste aislamiento en que se encontraría al llevar á cabo tan tremendo sacrificio, midiendo por su dolor presente su dolor venidero.

Hacía como media hora que estaba entregada á tan tristes reflexiones cuando sonó junto á la puerta la voz de Juan Oullier, quien con el cariñoso acento que sólo usaba con las hijas del marqués, la decía:

—¿Qué tenéis, señorita?

Estremeciése Mary como despertando de un sueño, y haciendo un esfuerzo para sonreirse, contestó con visible embarazo:

—Nada, Oullier, nada.

Mirábala Juan Oullier atentamente; meneó la cabeza con aire de duda, y acercándose á ella la preguntó en tono de suave y respetuosa reconvencción:

—No tenéis confianza en mí, señorita Mary.—¡Yo!—Sí, puesto que tratáis de engañarme.

Mary le tendió la mano, y tomándola Juan Oullier entre las suyas ásperas y endurecidas, la dijo mirándola con tristeza:

—Creedme, señorita Mary, no hay lluvia sin nubes ni llanto sin pesar. ¿Os acordáis de cuando erais niña todavía y llorabais porque Berta había arrojado vuestras conchas al pozo? ¿Os acordáis de que Juan Oullier hizo quince leguas en una noche para traer de la orilla del mar lo que tantas lágrimas costaba á vuestros lindos ojos?—Sí, querido Juan, contestó con ternura Mary que necesitaba expansión.—Pues bien, añadió Oullier, aunque desde entonces he envejecido bastante, mi cariño por vos ha crecido; decidme qué os apesadumba, y si hay remedio lo encontraré; si no le hay, dejadme llorar con vos.

Harto conocía Mary que era muy difícil engañar á un servidor tan solícito y perspicaz; así es que al cabo de un momento de duda, ruborizóse, y sin confesar la causa de su dolor, trató de explicarla diciendo:

—Lloro al pensar que esta guerra quizás costará la vida á todas las personas que amo.

¡Pobre Mary! desde la noche anterior había aprendido á mentir. Juan Oullier no se dejó coger en el lazo, y contestó moviendo la cabeza:

—Nó, querida Mary, no es esa la causa de vuestras lágrimas: cuando las personas de la edad del señor marqués y de la mía nos entusiasmos viendo sólo en el combate la victoria, no es creíble que un corazón joven y entusiasta como el vuestro prevea los desastres.

Viéndose Mary derrotada, contestó:

—Sin embargo, te aseguro que es así.

Y tomando una actitud zalamera, cuyos buenos efectos había experimentado varias veces con Juan Oullier, le miró de hito en hito; pero este contestó mucho más grave é inquieto:

—Os digo que nó.—Entonces ¿qué es?—¿Queréis que os lo diga?—Dilo si lo sabes.—Me es muy penoso, pero ya que lo queréis, os contestaré que la causa de vuestro pesar es ese picarillo barón Michel.

Mary se puso blanca como las cortinas de la cama y contestó tartamudeando agitada:

—¿Qué quieres decir?—Que habréis observado como yo, y nó con el mayor gusto, lo que pasa; con la única diferencia

de que como yo soy hombre rabio, y como vos sois niña lloráis.

Mary exhaló un sollozo al sentir que Juan Oullier ponía el dedo en la llaga, y este continuó diciendo como para sí:

—No lo extraño. A pesar de que esos pícaros os llaman las *lobas* no dejáis por eso de ser mujeres, y de las más excelentes que Dios ha criado.—¿Y qué? júrote que no te comprendo.—Al contrario; me comprendéis muy bien. ¡Qué diantre! para no haberlo visto habría sido preciso estar ciego, pues ella no lo disimula mucho que digamos.—¿De quién hablas? dilo de una vez ¿no ves que estoy en ascuas?—¿De quién queréis que hable sinó de la señorita Berta?—¿De mi hermana?—Sí, de vuestra hermana, que se pavonea con ese barbilampiño y hasta quiere llevárselo á la guerra; diríase que lo ha cosido á su saya para que no se le escape; ni siquiera repara en las habladurías á que puede dar lugar entre los criados, ni en ese tuno de notario que está observándolo todo con socarronería y en disposición de cortar la pluma para extender el contrato de bodas.—Suponiendo que todo eso fuese cierto, contestó Mary poniéndose muy encendida, ¿qué mal habría?—¡Cómo! preguntáis que.... Hacedme el favor de no hablarme más de ello, señorita; aun me hierva la sangre al recordar que he visto ahora mismo á la señorita Berta...—Hablemos de ello, Oullier. ¿Qué decías de Berta? preguntó la joven mirando ansiosamente al guarda, quien contestó irritado:—La señorita Berta de Souday ataba la banda blanca al brazo del señor Michel. ¡Los colores que llevaba Charrette en el brazo del hijo de aquel que...! Vamos, señorita Mary, peor es meneallo. Contenta puede estar la señorita Berta de que vuestro padre se halle enojado conmigo en este momento.—¡Mi padre! ¿Le has hablado? Mary no se atrevió á proseguir y Juan contestó:—Yo lo creo.—¿Cuándo?—Esta mañana al darle una carta de Petit-Pierre y en seguida al entregarle la lista de los hombres de su división que marcharán con nosotros. La lista no es tan numerosa como creíamos; pero, en fin, se hace lo que se puede. ¿Sabéis qué me ha contestado, cuando le pregunté si ese señorito era de los nuestros?—Nó.—¡Vive Dios! me ha contestado, reclutas tan mal, que me veo obligado á darte auxiliares. Sí, el señor Michel será de los nuestros, y si no estás contento, quéjate á Berta que lo ha alistado.—¿Eso te ha dicho?—Sí, y por lo mismo voy á hablar al momento á

la señorita.—Cuidado.—¿De qué?—De apesadumbrarlos y de lastimar el amor propio de Berta, porque le ama, añadió Mary casi imperceptiblemente.—¡Ah! ¿con que confesáis que le ama?—No puedo menos.—¡Amar á un monigote que un soplo derribaría! prosiguió Oullier. ¿Es posible que la señorita Berta piense en cambiar su nombre, uno de los más antiguos y gloriosos del país, por el de un traidor, de un miserable?—Juan, dijo Mary con el corazón oprimido, no digas esas cosas.—No será, os lo juro, continuó Juan Oullier paseando agitadamente por el aposento. Nó, no será; pues si nadie vela aquí por vuestra honra, yo me encargaré de ella, y antes de ver mancillada la gloria de la casa de Souday, le....

Y al hacer un ademán muy significativo, Mary exclamó casi cayendo de rodillas y con manos suplicantes:

—Nó, Juan, no lo harás.

El vendeano retrocedió espantado diciendo:

—¡También vos, Mary! vos también....—Piensa, Juan, en el disgusto que causarías á mi pobre hermana.

Juan Oullier la miraba asombrado y receloso, cuando se oyó la voz de Berta que encargaba á Michel que fuese á esperarla en el jardín, y casi en el mismo momento la joven abrió la puerta diciendo á su hermana:

—¿Aun estás así?

Miróla luego con más atención, y notando la alteración de su semblante, añadió:

—¿Por qué lloras? ¿Y tú, Juan Oullier, porque estás tan cariacontecido? ¿Qué ha pasado?—Voy á decíroslo, contestó Oullier.—Nó, exclamó Mary, calla.—¿Sabéis que me asustáis con esos preámbulos, y que el aire inquisitorial con que Oullier me está mirando parece acusarme de un gran crimen? Habla, Juan, estoy pronta á ser indulgente, pues hoy se realiza mi sueño dorado, el de compartir con vosotros el más hermoso privilegio de los hombres, la guerra.—Sed franca, señorita Berta, dijo Oullier. ¿Es ese el verdadero motivo de vuestra alegría?—Ya caigo, respondió Berta entrando francamente en la cuestión: el mayor general Oullier está quejoso de que yo le haya usurpado sus funciones: apuesto, Mary, á que se trata del pobre Michel.—Habéis dado en el hito, contestó Oullier sin dar tiempo á Mary para contestar.—¿Y qué tenéis que decir? Mi padre está muy contento con un soldado más, y nada veo en esto que merezca vuestro

enojo.—Vuestro padre diga lo que quiera, nosotros tenemos nuestra opinión.—¿Y es?—Que lo mejor sería permanecer cada cual en su campo.—¿Por qué?—Porque el señor Michel no está en el suyo.—¿Cómo! ¿Acaso no es realista? me parece que de dos días á esta parte ha dado bastantes pruebas de adhesión.—Corriente; mas nosotros los aldeanos acostumbramos decir: tal padre, tal hijo, y no podemos creer en el realismo del señor Michel.—Ya os sabrá obligar á creerlo.—No digo que nó; mas entretanto.....—Entretanto ¿qué?—Nadie conseguirá que veteranos como yo y algunos otros vayan al lado de un hombre á quien no aprecian.—¿Y qué tenéis que reprocharle? preguntó Berta algo enojada.—Todo.—Eso no es decir nada.—Su padre, su cuna.—¡Siempre lo mismo! Sabed, maese Oullier, contestó Berta frunciendo el entrecejo, que precisamente por esa razón me intereso por él.—¿Cómo!—Sí, me indigna oír las injustas reconvencciones que se le hacen; estoy cansada de oírle achacar como una falta, una cuna que él no ha escogido, un padre á quien no conoció jamás, y delitos que ni él ni quizá su padre han cometido. Os repito que eso me indigna, y añado que tengo por acción noble y generosa el animarle y ayudarle á reparar lo pasado si es preciso, de modo que en lo sucesivo se vea libre de toda calumnia.—Sin embargo, contestó resuelto Juan Oullier, bastante le costará lograr que yo respete su nombre.—Lo respetaréis cuando ese nombre sea el mío, contestó Berta con firmeza.—Os oigo y no os creo, señorita.—Pregúntaselo á Mary, añadió Berta señalando á su hermana que estaba escuchando esta discusión con rostro demudado; preguntádselo á ella, á quien se lo he confiado todo. Mirad, Juan, el disimulo me repugna; me alegro mucho de que lo sepáis todo, y de poderos decir con toda franqueza que le amo.—No lo repitáis, señorita Berta, no lo repitáis; aunque pobre aldeano, cuando erais pequeña me disteis el derecho de daros el nombre de hija y os he amado á entrambas como un verdadero padre; pues bien: el anciano que veló junto á vuestra cuna, que os sentó en sus rodillas y á nadie ama en el mundo tanto como á vosotras, os dice de rodillas: no améis á ese hombre.—¿Por qué? preguntó Berta impaciente.—Porque os juro por la salvación de mi alma que ese matrimonio es monstruoso, imposible.—Tu cariño te hace exagerar las cosas; puedes estar seguro de que me ama de veras.—Entonces, dijo Juan Oullier con profundo desaliento, al fin de

mis años me verá precisado á buscar otro apoyo y otro albergue.—¿Por qué?—Porque Juan Oullier á pesar de su pobreza nunca se resignará á vivir junto al hijo de un renegado, de un traidor.—Calla, Juan Oullier, exclamó Berta; mira que yo también puedo contestarte de modo que no te guste mucho.—Juan, callad por Dios, dijo Mary.—Nó, contestó Juan Oullier, quiero que sepáis cuál es el nombre que tanto empeño tenéis en cambiar con el vuestro.—¡Basta! añadió Berta con acento amenazador: hasta ahora muchas veces mi corazón ha vacilado para saber si amaba á tí más que á mi padre; pero si vuelves á proferir una palabra injuriosa, ya no serás para mí sino un.....—Un lacayo, ¿no es verdad? ¡Si! un lacayo que toda su vida ha cumplido su deber y tiene el derecho de decir en alta voz: ¡maldito sea el nombre de quien vendió por oro á Charrette, como Judas á Cristo!—¿Qué me importa lo que sucedió hace treinta y seis años, diez y ocho antes de que yo naciera? Yo conozco al hijo y nó al padre, y le amo; si su padre, que no lo creo, cometió semejante felonía, daremos tanta gloria al nombre de Michel que todos tengan que humillarse ante el que lo lleva; y tú me ayudarás á ello, Juan, porque le amo, y sólo la muerte puede extinguir mi amor.

Exhaló Mary un débil gemido que oyó Oullier, y encontrándose entre el dolor de Mary y la cólera de Berta, el viejo vendeano cayó anonadado en una silla, y tapóse el rostro con las manos llorando á lágrima viva. Conmovióse Berta, y cayendo de rodillas ante él, le dijo:

—Considera cuánto he de amarle para que casi haya olvidado el cariño que te profeso.

Juan Oullier meneó tristemente la cabeza, y Berta prosiguió diciendo:

—Comprendo tu antipatía y repugnancia; paciencia, amigo mío, paciencia y resignación; sólo Dios podría quitarme este amor, y quitármelo sería matarme: deja que el tiempo pruebe cuán injustas son tus prevenciones, y que el hombre á quien amo es digno de mí.

En esto oyóse la voz del marqués que llamaba á Juan Oullier con acento grave y extraordinario.

—¿Cómo! preguntó Berta deteniendo á Juan Oullier, ¿te vas sin contestarme?—El señor marqués me llama, señorita, respondió friamente el vendeano.—¡Señorita! Corriente: ten entendido que no quiero que de ningún modo se insulte

al señor Michel, y si algo le sucede, le vengaré, nó en tí, sinó en mí misma; ya sabes, Juan Oullier, que suelo cumplir lo que prometo.

Acercóse el anciano á Berta, y la dijo asiéndola el brazo:

—Tal vez valdría más eso que ser su esposa.

Y como el marqués siguiese llamándole, salió aprisa de la estancia dejando á Berta admirada de su tenacidad, y á Mary aterrorizada por la violencia del amor de su hermana.

XLI

DE CÓMO EL BARÓN MICHEL LLEGA A SER AYUDANTE DE CAMPO DE BERTA.

Quizá con más deseos de dejar á la joven que de acudir á la voz del marqués bajó Oullier al patio, en donde le encontró hablando con un aldeano lleno de barro y sudor, que le participaba la entrada de los soldados en la casa de Picaut, limitándose á dar esta simple noticia por haber sido apostado en el camino de la Sablonnière, con encargo de avisar al castillo de Souday si veía entrar tropa en la casa. El marqués estaba agitado y exclamaba en el mismo tono en que Augusto decía: ¡Varo, Varo!

—¡Oullier! ¡Oullier! ¿Por qué fiaste en los demás? Si ha sucedido alguna desgracia, mi pobre casa está deshonrada.

Juan Oullier bajó la cabeza sin contestar y permaneció taciturno y sombrío, actitud que exasperó al señor de Souday.

—¡Mi caballo! ¡Pronto! exclamó. Si el personaje á quien ayer llamé amiguito mío ha caído prisionero, es preciso que muramos todos en su defensa para probarle que no éramos indignos de su confianza. ¡Cómo! ¿no quieres traerme el caballo? añadió el marqués viendo que Juan Oullier meneaba la cabeza.—Y tiene razón, dijo Berta que llegaba en aquel momento: la precipitación podría echarlo á perder todo; y dirigiéndose al mensajero le preguntó: ¿Has visto sa-

lir de la casa á los soldados y llevarse á los prisioneros?—Nó; sólo les he visto entrar en el huerto.—¿Puedes responder de la dueña de la casa? prosiguió Berta dirigiéndose á Juan Oullier. Miróla este severamente y contestó:—Ayer os habría dicho respondo de ella como de mí mismo; pero...—Sigue.—Pero hoy, añadió suspirando, dudo de todo.—Vamos, vamos, dijo el marqués, basta de circunloquios; tráeme el caballo, y dentro de diez minutos sabré á qué atenerme.

Berta le detuvo, y él continuó encolerizado:

—¿Así se me obedece en mi casa? ¿Cómo queréis que me respeten los demás?—Vuestras órdenes son sagradas, padre mío, sobre todo para vuestras hijas; mas vuestro celo os arrastra: considerad que los dos personajes que tanta inquietud nos causan, no son á los ojos del mundo más que dos sencillos aldeanos, y que si viesen al marqués de Souday preguntar por ellos con tanta solicitud, sus enemigos sospecharían en seguida.—La señorita Berta tiene razón, añadió Juan Oullier; más vale que vaya yo.—Ni vos tampoco.—¿Por qué?—Porque os arriesgaríais demasiado.—Más me he arriesgado esta mañana para ver qué proyectil había herido á mi pobre León.—Os repito que después de lo que ha pasado esta noche, no es prudente presentaros de nuevo á los soldados: necesitamos para esa comisión á un hombre que pueda llegar hasta ellos, é informarse de lo que ha sucedido, y si es posible, de lo que ha de suceder.—Si ese Lorient no se hubiese obstinado en volver á Machecul... dijo el marqués; yo creo que tuve un presentimiento cuando quise alistarle en mi división.—Allí está el señor Michel, dijo Oullier con ironía: aunque haya diez mil hombres al rededor de la casa le dejarán entrar en ella, pues de fijo ni el más ladino sospechará el objeto que le lleva.—Tiene razón, dijo Berta aparentando no haber comprendido el tono en que hablaba el vendeano.—¡Que me place! exclamó el marqués: á pesar de sus apariencias un si es no es adamadas, conven-gamos en que ese mozo nos es utilísimo.

Acercábase entretanto el barón y aguardaba respetuosamente las órdenes del señor de Souday, mas en cuanto vio que éste aceptaba la proposición de Berta, aproximóse á esta con rostro radiante de júbilo, y también gozosa la joven le dijo:

—¿Estáis pronto á hacer lo necesario para salvar á Petit-Pierre?—Estoy pronto, señorita, á hacer cuanto os plazca á

fin de probar al señor marqués mi reconocimiento por la benévola acogida que se ha dignado dispensarme.—Tomad un caballo, con tal que no sea el mío, que lo conocerían, y sin arma alguna, partid á escape y penetrad en la casa como llevado de la curiosidad; y si nuestros amigos corren peligro...

Aquí el marqués miró al techo como para buscar un expediente, y Berta le sacó del apuro diciendo:

—Si nuestros amigos corren peligro, encended una hoguera en el grande erial; entretanto Juan Oullier habrá reunido gente, y entonces volaremos á socorrerles.—¡Bravo! exclamó el marqués de Souday; siempre he dicho que Berta es la mejor cabeza de la casa.

Sonrióse satisfecha la joven mirando al mancebo que se alejaba en busca del caballo, y dijo á su hermana que se acercaba con lentitud:

—¿No te vistes?—Nó.—¿Por qué?—No pienso dejar este traje, dijo Mary sonriéndose tristemente; en un ejército se necesita quien cuide á los heridos y moribundos, y quiero ser vuestra hermana de la caridad.

Berta la miró llena de admiración, é iba sin duda á preguntarla el motivo de tan extraña resolución, cuando apareció Michel montado ya, y diciendo:

—Me habéis indicado, señorita, lo que debo hacer si ha sucedido alguna desgracia á nuestros amigos. ¿Y si Petit-Pierre está salvo y sano?—En tal caso, volved para tranquilizarnos, dijo el marqués.—Nó, añadió Berta con intento de encomendar á su amado un papel más importante; tantas idas y venidas infundirían sospechas á la tropa de estos alrededores; más vale que os quedéis en casa de Picaut ó en sus cercanías, y que al cerrar la noche nos esperéis en la encina de Jailhay. ¿La conocéis?—Sí, está en el camino de Souday.

Michel conocía todas las encinas de este camino.

—Bueno, añadió Berta, nosotros estaremos escondidos por allí, y nos reuniremos con vos así que oigamos vuestra señal, que será tres veces el canto del buho y otra el de la lechuza. Con que en marcha, señor Michel.

Saludó el mancebo al marqués y á sus hijas, é inclinándose sobre el pescuezo de su cabalgadura, partió al galope. Era excelente jinete, y Berta observó que al doblar la puerta cochera hizo dar al caballo un habilísimo cambio de mano.

—Parece imposible, decía el marqués entrando en el castillo, que de un rústico se haga con tanta facilidad un hombre de todas prendas, interviniendo las mujeres, por supuesto. Me gusta ese mancebo.—No se hacen tan fácilmente los hombres de corazón, contestó Oullier.—Juan, replicó Berta, olvidáis mi recomendación.—Os equivocáis, señorita; por lo mismo que nada olvido, sufro tanto: hasta ahora había tomado por remordimiento mi aversión á ese mozo, y desde hoy temo que se trueque en presentimiento.—¿Vos un remordimiento, Juan Oullier? ¿Qué tenéis que reprocharos?—A él nada le he hecho, contestó Juan con acento sombrío; pero á su padre...—¿Qué le hicisteis? preguntó Berta estremeciéndose.—Un día cambié de nombre para él y me llamé *Castigo*.—¡Cómo! replicó la joven recordando lo que se contaba en el país á propósito del padre del barón. ¿No le mataron en una cacería? ¿Qué habéis dicho, desgraciado?—Que podría ser muy bien que el hijo vengase á su padre pagándonos en la misma moneda.—¿Por qué?—Porque vos le amáis locamente.—¿Y qué?—Estoy seguro de que no os ama.

Bien que herida en el corazón, encogióse Berta de hombros con desdén, experimentando casi un sentimiento de odio hacia el viejo vendeano.

—Más vale que os ocupéis en reunir vuestra gente, pobre Oullier.—Obedezco, señorita, contestó el chuan encaminándose á la puerta.

Berta entró sin mirarle, y llamando Oullier al aldeano que acababa de traer la noticia, le preguntó:

—¿Ha entrado alguien en casa de los Picaut antes que los soldados?—Sí, el alcalde de la Logerie.—¿En casa de Pascual?—Sí.—¿Tú le has visto?—Como os veo á vos.—¿A dónde se ha dirigido al salir?—Ha tomado el camino de Machecul.—Por el cual han venido luego los soldados ¿no es eso?—Sí, un cuarto de hora después de la salida del alcalde.—Está bien, dijo Juan Oullier.

Y extendiendo el puño en dirección á la Logerie, exclamó:

—¡Courtin, Courtin, tú tientas á Dios! Ayer mataste á mi perro, y hoy nos has hecho una traición. Se me acabó la paciencia.